

Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGÍA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Año 1 **Núm. 4**

Madrid 25 Mayo 1909.

SUMARIO

Administración: San Bernardo 19 **Número suelto 25 cts.**

DEL AMBIENTE

¿NUEVA APARICIÓN DE JUANA DE ARCO?

Gran sensación ha producido en Francia la noticia, publicada por toda la prensa ultrapirenaica, de que en el país mismo donde Juana de Arco fué hecha prisionera, una niña de diez años pretende haber tenido visiones de la doncella guerrera que la Iglesia acaba de beatificar.

La coincidencia de estas apariciones con la elevación de la heroína á los altares, ha parecido sospechosa al público en general, pero los reporters que de distintos periódicos han ido á interrogar á la niña, parecen acordes en callarse su opinión particular, sin duda porque no hay argumentos para afirmar ni para negar que el hecho sea cierto. Por ahora, no podemos hacer más que imitarlos, concretándonos á referir el caso sin comentario.

Susana Bertin, que ha cumplido los diez años el 16 de este mes, es hija de un mecánico viudo, y vive con sus abuelos M. y Mme. Osselin, labradores convertidos en rentistas, en el pueblo de Orrouy, á pocos kilómetros de Compiegne. El día 14 de Julio del año pasado, Susana cuidaba de una cabra en un campo cercano á la casa, cuando, según ella cuenta, entre el ramaje de un añoso olmo apareció un súbito resplandor, como un relámpago, y en seguida una figura humana.....

Llena de miedo echó á correr la niña á casa de sus abuelos, presentándose á ellos pálida, temblorosa, y diciendo que por nada del mundo volvería al campo. Á fuerza de preguntas contó lo ocurrido, con gran regocijo de los viejos, que se rieron de ella y la calificaron de miedosa y embustera.

Herida en su orgullo infantil, la pequeñuela acabó por creer que, en efecto, ni el relámpago ni la figura humana existían más qne en su imaginación, y á los ocho días se atrevió á volver junto al olmo. Por segunda vez, afirma Susana, la figura apareció sobre las ramas. Pero ahora la niña no pudo huir; parecía como si tuviese los pies clavados al suelo, y el corazón le latía con tal fuerza, que creyó ponerse mala. La aparición, bajo la forma de una hermosa mujer armada como un guerrero, la miraba y le decía así: «Susana, Susana: va á haber una gran guerra, que será seguida del cólera, de la fiebre amarilla, de la fiebre negra y de moscas infecciosas. Roma, Mesina (Messuine, dice la pequeña visionaria) y sus alrededores serán derruídos. Susana, te mando que corras á bendecir la bandera francesa y las armas de guerra.»

Desde aquel día la visión se ha repetido con frecuencia, siempre en viernes. Desde principio de este año, Susana dice haberla tenido quince veces. El aspecto de la aparecida es siempre el mismo, y las mismas sus palabras. La misma niña ha contado así la cosa á los reporters de *Le Petit Parisien*, de *Le Gaulois*, y de *L'Echo du Merveilleux*:

«Veo primero como un relámpago, y luego, entre dos ramas, veo á la señora. Lleva como una armadura, que se diría de plomo; el pelo es negro, y lo lleva tendido sobre los hombros, con raya en medio. Tiene en una mano un gran crucifijo, con la frente del Cristo sangrando, y en la otra un sable, una corona hecha como con dientes de sierra, y una rama de laurel.»

En las últimas apariciones, Susana ha podido fijarse mejor y ha notado que en la empuñadura de la espada hay letras y flores grabadas, y que del cinto de la mujer pende un hacha. El día de Viernes Santo se presentó sin el Cristo, pero con el «sable» tinto en sangre.

En vista de la frecuencia de las visiones los Osselin hablaron del caso, y el cura de un pueblo vecino aconsejó á Susana que preguntase á la aparecida quién era y qué deseaba. Hízolo así al viernes siguiente, y la respuesta fué: «Soy Juana de Arco, mártir, y quiero una capilla aquí, á la sombra de este árbol.» M. Osselin llegó hasta seguir á la niña algunas veces para comprobar el caso, pero no vió nada. «Tal vez soy demasiado viejo para eso», dice el buen hombre.

Hasta aquí lo que cuenta la pequeña. En cuanto á la impresión que sus afirmaciones han producido en el pueblo y sus alrededores, es bien distinta de lo que pudiera creerse. Al contrario de lo que en tales casos suele ocurrir, los campesinos no sólo no dan crédito á la niña, sino que se ríen de ella y censuran á sus abuelos, y hasta los odian por consentir tales «mentiras». Se dice, según los vecinos de Orrouy, que los Osselin quieren explotar la credulidad del público; se dice también que son mala gente, y que las historias de apariciones son todas falsas. Pero los Osselin son ricos y no necesitan recurrir á estas artimañas para sacar dinero; son republicanos muy avanzados, que ningún interés tienen en la erección de una capilla; y entretanto, nadie sabe de dónde ha salido su mala fama ni el odio de los vecinos, y el misterioso «Se» que dice tales cosas no parece por ninguna parte.

Dos médicos han visto á Susana Bertin, y uno de ellos, el doctor Bauzard, de Crépy-en-Valois, ha formulado ante M. Georges Meunier, redactor de *L'Echo du Merveilleux*, la siguiente opinión:

«La niña está constituída normalmente y goza de todas sus facultades. La he examinado é interrogado durante tres cuartos de hora, y tengo la convicción de que no está sujeta á sueños ni alucinaciones. En cuanto á la visión, no puedo decir nada; es cosa que cae fuera de mi dominio. Lo único que puedo decir es que, para explicarla, debe descartarse la hipótesis de la alucinación.

»He notado que la niña es muy ignorante. Por ejemplo, no tiene noticia de Luis XIV ni de Napoleón. Es, en suma, demasiado ignorante para haber forjado en todos sus detalles la historia que cuenta. Por consiguiente, una de dos: ó esta historia es verdad, y entonces las apariciones son ciertas, ó es falsa, y como la niña no puede haberla inventado, alguien se la ha enseñado. En cualquiera de los dos casos no me toca á mí juzgar.»

M. Meunier ha visitado al cura y al alcalde del pueblo para conocer su opinión. Ni uno ni otro se inclinan á creer la historia. El buen abate Sinot dice que Susana no tiene nada de piadosa ni de mística; va el domingo á la iglesia, y nada más. No puede admitirse en ella la idea de la exaltación mística. Interrogado acerca de la posibilidad de la aparición, el párroco sonrió escépticamente.

—Me gustaría creer en ella—contestó—; pero semejante

(Sigue en la plana 3.ª de la cubierta.)

AÑO I — Madrid, 25 de Mayo de 1909 — NÚM. 4

Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGIA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Ser ó no ser... ese es el problema —SHAKESPEARE.

El que fuera de las matemáticas puras dice *imposible*, carece de sentido.
ARAGO.

ADMINISTRACION
Ancha de San Bernardo, número 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España: Un año, 6 pesetas; un semestre, 3,50 ídem.
Extranjero: 7 y 4 francos respectivamente.

Los sabios y los ignorantes me atacan; los unos y los otros se ríen de mí y me llaman el maestro de baile de las ranas; y bien, sea; pero yo sé que he descubierto una de las más grandes fuerzas de la Naturaleza.
GALVANI.

BIENAVENTURADA JUANA DE ARCO

Ya se la puede llamar así. Un tribunal compuesto de altas dignidades eclesiásticas, ha juzgado los méritos que la hacen acreedora á tan grande honor; el Pontífice los ha declarado, y de hoy más, el férreo arnés de guerra de la *pucelle* brillará en los altares con acerados reflejos, junto á los modestos mantos de los apóstoles y las carnes flácidas y ensangrentadas de los mártires.

Y algo de apostólico hay en la heroína nacional de Francia, porque como un apóstol fué enviada á cumplir una misión, á anunciar una buena nueva.

Fué un día caliginoso de verano, un día de ayuno, cuando Juana, buscando la soledad, que la enamoraba, y ansiando la meditación, que era su mejor pasatiempo, fuese al huerto de sus padres, y allí oyó que la llamaba una voz que al principio supuso que era de Dios mismo. Pero aquella voz no hablaba de amor y misericordia, hablaba de lucha y de muerte; confiaba á la doncella una misión que, como ha dicho Pío X, «toda Francia, y ella misma, creían imposible». Era la voz del Ángel de las batallas, de San Miguel.

La visión de Juana de Arco. (Cuadro de Lenepveu.)

El caso (no digamos la visión, puesto que la Iglesia la acepta como realidad) se repitió desde entonces con frecuencia. El Ángel surgía de entre las ramas de los árboles para animar á la campesinilla al combate, y con él, como para infundirla confianza, aparecían á veces las dos santas á quienes de niña había dedicado preferentemente sus devociones: Margarita y Catalina. También ellas querían que Juana salvase á su patria de los ingleses, y de los partidos que la asolaban con sus combates; y Juana no esperó más. Puesto que la tradición decía que una tierna virgen había de redimir al país, y sus santas la designaban á ella, obedecería.

Voces misteriosas, órdenes emanadas de fuerzas desconocidas para el resto de los mortales, le decían: «Salva á Francia, arroja al intruso, pon en el trono á aquel que debe ocuparlo». ¿Eran realmente Santa Catalina y Santa Margarita las que ponían en sus manos el destino de la patria? ¿Era el Arcángel Miguel quien la inducía á empuñar la espada en vez del uso ó el cayado? Poco importa. Eran voces extraterrenas, y eso

basta. Y que, digan lo que quieran los escépticos, había *algo* en aquellas visiones, probáronlo los hechos. La pequeña campesina, que acaso no había visto sus piececillos oprimidos por el calzado, ni había regido otros brutos que sus mansas ovejas, soporta luego sin fatiga la pesada armadura y guía intrépida el brioso corcel de guerra. La sencilla chicuela, sin más cultura que las devociones aprendidas de su madre, sabe atravesar con su escolta el territorio enemigo sin ser sorprendida, sabe hablar cara á cara con el rey, sabe apoderarse de Orleans, hacer retroceder á ingleses y borgoñeses y presidir la coronación del monarca. Eso, antes de cumplir los veinte años; es decir, á la edad en que muchos hombres no pueden andar todavía solos por el mundo sin extraviarse.

Y mucho de mártir hay también en la doncella de Domremy. Desde el principio de su carrera heroica es objeto de la burla, del desprecio y de la incredulidad, que á veces hace más daño que cien muertes. Se la señala con el dedo, se la llama visionaria, se la insulta, se ponen sus afirmaciones en tela de juicio, y, por último, se la encarcela, se la juzga y se la quema por bruja, por adivinadora y por hechicera.

Al leer su historia, el ánimo del más incrédulo se llena de santa indignación contra todos aquellos que en ella intervinieron: contra su familia, burlándose de ella como de una loca; contra el capitán Baudricourt, que se negaba á escucharla, tachándola de soñadora y de mística exaltada; contra la misma corte del Delfín Enrique, al someterla á ridículo reconocimiento para comprobar su doncellez; contra los oficiales que, puestos á sus órdenes, tenían á menos el obedecerlas, y, sobre todo, contra los enemigos de Francia, que la juzgan sin pruebas, la obligan á romper el juramento de no tomar de nuevo hábito masculino, y condenándola por relapsa, la llevan á la hoguera.

Pero vengamos á cuentas, lector..

Si Juana de Arco fuese de nuestros tiempos, si su empresa se desarrollase en estos días que corremos, ¿qué sucedería? ¿Qué pensaríais tú, ó tu amigo, ó tu pariente, si hoy apareciese una muchacha del campo diciendo que voces extrañas ó espíritus de seres que fueron la enviaban á hacer de España el más próspero, el más feliz y el más grande de los pueblos?

Estamos en un siglo en el que nada debiera traer á nuestros labios la sonrisa de la incredulidad. Sin ir á los astros y planetas que vemos en el firmamento, sabemos los materiales que componen su terreno; hasta nosotros llegan noticias de sucesos acaecidos á miles de kilómetros, sin la intervención de ningún vehículo visible; los barcos andan sin velas ni remos; carruajes cargados de gente recorren las ciudades solos, sin más que apoyar un trole contra un cable; la voz de los grandes oradores y de los cantantes famosos puede recogerse, guardarse y volverse á oir siempre que se desee, aunque el cantante ó el orador hayan dejado de existir; las enfermedades retroceden y se alejan de nosotros, tan sólo porque en nuestro cuerpo ha entrado una pequeñísima cantidad de sangre de vaca ó de caballo. Nunca mejor que ahora podemos decir con Víctor Hugo, que el que se llama sabio y dice que una cosa es imposible está muy cerca de ser idiota. Y, sin embargo, cuando se habla de fuerzas ocultas, cuando se asegura, y hasta se demuestra, que en el ambiente que nos rodea se verifican fenómenos misteriosos, obra de energías desconocidas, pero inteligentes, puesto que atienden nuestras peticiones y contestan á nuestras preguntas, cuando se afirma todo esto, la gente dice: «¡Mentira!»; los que prefieren negar á investigar, por ser lo primero más cómodo, exclaman: «¡Farsa, pura farsa!»; el que la da de compasivo sonríe con lástima diciendo: «Locura y exaltación», y el que tiene miedo á lo nuevo grita: «¡Herejía! ¡Anatema!»

Y eso que quien nos habla hoy de fuerzas incorpóreas con voluntad propia no es ninguna campesina ineducada. Son los sabios, son los que marchan al frente de la cultura universal. Es el químico, que al bajar á la tumba deja tras de sí la gloria de haber descubierto el radio; es el astrónomo, que con su saber honra á su patria; es el naturalista, que estudió los animales y las plantas, no en las Bibliotecas ni en los Museos, sino en las selvas tropicales; es el literato, cuyos libros ó cuyos dramas aplaudió el mundo entero. Pero la Humanidad es por naturaleza incrédula, y cuando estas lumbreras de la Ciencia pretenden encaminarla hacia la investigación psíquica, porque no comprende lo que no ve ni encuentra á tales estudios inmediata aplicación, se ríe del químico, del astrónomo y del literato, y, como Baudricourt á Juana de Arco, los tacha de visionarios. No los quema por brujos, porque eso ya no se estila, pero cree hacerles un honor llamándoles chiflados, y acaso lamenta que no sean chicos de aldea, para decir á sus padres lo que el jefe de la guarnición de Vancouleurs dijo al tío de la *pucelle*: «Volveos á vuestra casa y dadle algunos bofetones para curarle la locura.»

Si esto ocurre hoy, cuando tenemos la lección de tantos descubridores como han sido despreciados primero por locos, y luego admirados del mundo entero, ¿qué de extraño tiene que ocurrieran en el siglo XV, en el que el fracaso de los muchos alucinados y visionarios que aquella época produjo bastaba para escarmentar á cualquiera?

El tiempo se ha encargado de justificar á Juana de Arco. Se la ha hecho santa; y en verdad que la mujer que salva á su patria y acierta á cambiar en favor de la misma la faz de la Historia, merece este título por más de un concepto. Al beatificarla, la Iglesia ha puesto inconscientemente un nuevo ejemplo para animar á cuantos trabajan por conocer lo desconocido. Hasta ahora, el investigador de las fuerzas ocultas tenía un consue-

lo y una defensa contra sus detractores en los ejemplos de Colón, de Fulton, de Galvani; de aquí en adelante puede añadir á la lista el nombre de la Bienaventurada Juana de Arco, que también estaba en comunicación con espíritus y sentía voces que el resto del mundo no podía oir.

Lo cual no es decir que Juana fuese espiritista, ni que los espiritistas sean santos. Nada de eso. Lo que decimos es que el caso de Juana de Arco se repite con harta frecuencia en la Historia, y que el menosprecio y la enemiga de grandes ni de chicos no debe arredrarnos jamás. Si alguna vez, al poner el pie en los umbrales de la Ciencia, las carcajadas ó las amenazas de los que nos miran nos hacen volver la vista atrás, acordémonos de la heroína francesa, calificada primero de desequilibrada, quemada luego por bruja, y hoy elevada á los altares, entre los mártires y los apóstoles.



LOS GRANDES MEDIUMS

EUSAPIA PALADINO

ANTE EL

INSTITUTO GENERAL PSICOLÓGICO

EN

1905, 1906, 1907 Y 1908

Conferencia del Dr. León Demonchy, Vicepresidente de la Sociedap Universal de Estudios Psíquicos, dada en la Sala Lemoine de París el 11 de Febrero de este año, sobre el informe del Secretario del nombrado Instituto.

Nuestra Sociedad lleva el título de Sociedad de «Estudios». Esto es, porque ante los fenómenos que conturban actualmente la conciencia humana, somos y queremos permanecer estudiantes. Sí, estudiantes, y no artífices de sistemas, inventores de sectas ó amigos de explicaciones preconocidas. Pero estudiantes en el sentido científico de la palabra; es decir, que si investigamos los fenómenos es con método exacto y riguroso, queriendo asegurarnos ante todo de que estos fenómenos son verdaderos. La hora de las explicaciones no ha llegado aún.

La cosa es difícil. Es preciso aprender á dudar, querer y saber prevenirse con la duda científica. Y si me permitís hablar, no solamente como doctor en Medicina sino como médico práctico, y más aún como médico psicólogo que hace de la Psicología una ocupación diaria, os diré que de mis estudios he deducido que es preciso aprender á dudar, no solamente de los demás, sino ante todo de uno mismo.

Nuestros ojos no tienen la sensibilidad de la placa fotográfica; nuestro tacto carece de la rapidez del contacto eléctrico. Es necesario, pues, considerar nuestros órganos especiales como instrumentos imperfectos puestos vis á vis con los estudios emprendidos, y, por consiguiente, hay que reemplazarlos por un organismo más perfecto, por instrumentos que tengan por misión impasible é implacable registrar los fenómenos producidos.

«Registrar el fenómeno independientemente de nosotros», eso es todo.

Y este es el método, no solamente del porvenir, sino ya del presente; cuando conozcáis el informe tan notable de M. Jules Courtier, aprobado en sesión por el Instituto General Psicológico, pensaréis como yo.

Escuchad este informe:

Eusapia Paladino ha dado en el Instituto General Psicológico 43 sesiones, durante los años 1905, 1906 y 1907. Registrar los fenómenos y unirlos á leyes conocidas fué la preocupación constante; se les puede ordenar bajo dos títulos: 1.° Acciones mecánicas sobre los objetos y las personas, en contacto, ó con la vecindad del sujeto. 2.° Fenómenos luminosos: fulgores, manos, miembros fosforescentes, sombras fosforescentes, sombras negras ó de apariencia humana.

Desde 1905, MM. Courtier y Yourievitch prepararon un plan general de investigaciones, comprendiendo: 1.° La observación, la comprobación y el registro de los fenómenos. 2.° Las investigaciones psíquicas. 3.° Las investigaciones psico-fisiológicas.

Así, pues, en la primera sesión celebrada en Nápoles, se preocuparon de determinar las «condiciones generales de las sesiones» para la producción de los fenómenos, en los diferentes puntos de vista de los instrumentos necesarios para registrarlos gráficamente, de la mesa y «protecciones» eléctricas, de la luz y del gabinete obscuro (cabina).

El Instituto utiliza para cabina, según el local de las sesiones, un espacio de 0'30 metros de profundidad, separado por cortinas de lana negra, ó un ángulo de la misma sala, aislado de igual modo, y de 0'70 de profundidad.

La mesa tiene 0'97 m. de largo, 0'50 de ancho y 0'77 de altura.

Primeramente sirvió para alumbrado un aparato de gas, regulable á voluntad por medio de una disposición especial, rodeado de pantallas de madera, reflejando la luz sobre las paredes y el techo; después una lámpara de aceite, colocada sobre una mesa á la entrada del salón contiguo, ó por un grupo de lámparas eléctricas dispuestas en un reflector de madera, á 0,30 metros del techo, sobre el cual se reflejaba la luz regulable á voluntad. Los instrumentos, dispuestos en una habitación inmediata, comunicaban por medio de canalizaciones eléctricas y tubos que atravesaban las paredes.

En 1908, las sesiones tuvieron lugar en casa de M. Yourievitch.

Eusapia se sienta á uno de los extremos, con las rodillas entre los pies de la mesa, sobre la cual coloca sus manos, asidas por los pulgares é intervenidas de este modo por una persona á su derecha y otra á su izquierda, descansando sus pies sobre los de esas personas. Se forma la «cadena» entre los cinco ó seis asistentes, estableciendo un círculo de manos de izquierda á derecha del sujeto, en mutuo contacto. Los

golpes significan: 2, no; 3, sí; 4, hablad; 5, menos luz.

En el interior de la cabina están dispuestos: un velador ligero, papeles y objetos ahumados, una cubeta llena de tierra de modelar, mastic para moldes, y una cítara.

Á izquierda de la cabina se coloca, á un metro de distancia del sujeto, un velador de madera de álamo, peso de 1'500 km., de tres pies cruzados y altura de 0'84 m.

Se comienza con el máximum de luz, que se amortigua poco á poco, y entonces se observa sucesivamente: levitaciones de la mesa, abullonarse y agitarse las cortinas, contactos, desplazamiento de objetos en la cabina, formas ó especie de miembros negros ó luminosos que avanzan fuera de la cabina, hacia Eusapia, por las aberturas de las cortinas, puntos luminosos, chispas.

Un taquígrafo anotaba las palabras pronunciadas y las indicaciones de los fenómenos; una señal eléctrica marcaba cada minuto sobre el cilindro de Marey, y repasando los gráficos y la estenografía se pudo tener una interpretación exacta de las sesiones.

I

PRIMERA PARTE

Investigaciones.—Los fenómenos.

A) Estudios de los fenómenos mecánicos sobre los puntos siguientes:

1.° Golpes.—Producidos, por lo general, después de un simulacro de Eusapia, comprobado esto en diferentes sesiones por MM. d'Arsonval, G. Ballet, Courtier, Yourievitch, Debierne, Ch. Richet, Perrin, Charpentier, Ochorowicz, Bergson, M. y Mme. Curie; se reproducen en la mesa, unas veces fuertes y otras débiles, dos ó tres segundos después del simulacro hecho por Eusapia, y alguna vez también por uno de los asistentes. Por ejemplo: Eusapia da golpes al aire ó sobre las espaldas de los asistentes, rasca la mano de uno de ellos, ó hace ademán con la cabeza de golpear la mesa por tres veces; cuando lo solicitan los interventores, y á distancia, los golpes son oídos en igual número dentro de la cabina ó en la mesa; Eusapia simula un puñetazo sobre el tablero de la mesa: un asistente siente bajo su mano un golpe en la mesa; ligeros golpes dados por Eusapia en las espaldas de M. Ballet serán repetidos en número igual bajo la mano de Mme. d'Arsonval, puesta sobre el velador colocado á un metro de distancia y á la izquierda del sujeto. Un asistente da tres golpes sobre la mesa, la araña; el mismo número de golpes y el mismo género de ruidos son reproducidos después en la mesa. Y si la localización de estos ruidos puede estar sujeta á error, debe hacerse constar que los golpes van acompañados de trepidación en el tablero de la mesa.

2.° Movimientos y elevaciones de la mesa.

A) Parciales.—Eusapia mueve las manos y toca la mesa; movimientos laterales de ésta. Eusapia hace ademán de tirar de la mesa hacia ella; la mesa avanza. Eusapia cruza las manos sobre el pecho; los pies 1 y 2 de la mesa se levantan. Eusapia tiene las manos sobre sus rodillas; levantamiento de los tres pies. M. Yourievitch se pone de rodillas sobre la mesa, dando frente á las cortinas; levitación de los pies 1 y 2. A la súplica de Eusapia, la condesa de Gramont se sienta al lado opuesto de ella; levitación de dos pies de este mismo lado; un pie se rompe al caer.

B) Completos.—Las manos, los pies y las rodillas de Eusapia están vigiladas; la mesa se levanta bruscamente en sus cuatro pies, primero dos y después los cuatro. Eusapia cierra los puños y los tiende hacia la mesa; levitación de los cuatro pies cinco veces seguidas, y levitación de los cuatro pies teniendo apoyadas las manos sobre la cabeza de uno de los asistentes; levitación de los cuatro pies á 0'30 metros del suelo durante siete segundos, estando una mano de Eusapia sobre la mesa y una bujía alumbrando bajo la misma; levitación de los cuatro pies á 0'25 metros de altura durante cuatro segundos; solamente M. Curie tiene la mano sobre la mesa, estando una mano de Eusapia encima de la suya; levantamiento de los cuatro pies, teniendo M. Curie una mano sobre las rodillas de Eusapia, una mano de Eusapia encima de la mesa, la otra sobre la mano de M. Curie, sus pies atados á la silla sobre la cual está sentada; levantamiento de dos y de los cuatro pies. Se ponen 10 kilos sobre la mesa; vigilancia absoluta de los pies, manos y rodillas de Eusapia: levitación de los cuatro pies. Nadie, ni Eusapia, toca la mesa; Eusapia es vigilada constantemente: levitación de los cuatro pies.

Todos los asistentes se levantan y forman la cadena. El conde de Gramont tiene asidos los muslos de Eusapia, que está sobre la balanza de Marey; las manos de Eusapia son vigiladas: levantamiento de los cuatro pies, tan alto, que casi rebasan las cajas que los cercan (1). Al segundo levantamiento total se dice: «Más alto, fuera de las cajas». La mesa se eleva muy alto y vuelve á caer fuera de las cajas. Entonces, en otra elevación total, y todos de pie, la mesa se levanta á 0'50 metros del entarimado; se pide que se rompa la mesa: un pie se quiebra; oscilaciones rítmicas de la mesa, completamente levantada cuando se cuentan en alta voz los segundos.

«Disposiciones experimentales de comprobación y de medida». Para registrar las elevaciones de la mesa las inscribían en forma de gráficos, por medio de contactos eléctricos dispuestos debajo de cada uno de los pies de la mesa. Un pie puesto debajo de éstos, habría impedido el funcionamiento de las señales. Se estaba, pues, seguro, «cada vez que las señales de los cuatro pies funcionaban simultáneamente», de que la elevación era realmente efectuada «sin ningún contacto bajo los pies de la mesa».

Además, la silla de Eusapia descansaba sobre una balanza de Marey, y más tarde se utilizó una romana registradora, obteniéndose gráficos por estos diversos

(1) Los pies de la mesa contiguos á Eusapia están defendidos de contacto por una funda ó caja de madera formada por cuatro tablas.

medios de comprobación, los cuales indicaron que, tanto en el caso de «aumento» como en el de «disminución» de presión, el «punto de apoyo de la fuerza» parecía «partir del sujeto mismo», resultado importante en relación con las leyes de la mecánica.

Eusapia, sentada, vigilada, dice que va á disminuir su peso; se registra una disminución de peso.

Otra vez se hace constar un aumento de peso por el desplazamiento y la elevación del velador, movido sin contacto aparente.

Las fundas de madera dispuestas alrededor de los pies de la mesa fueron unidas en lo alto con un travesaño, de tal modo, que ni los pies ni las rodillas de Eusapia podían ponerse en contacto con aquélla.

El tablero de la mesa quedó suelto: levantamiento de la mesa sin que el tablero se saliera de su marco. Una mesita de tablero movible fué colocada sobre la mesa grande. Eusapia aproxima su cabeza: el tablero movible se levanta; la mano de Mme. Curie se encontraba entre esta mesa y la cabeza de Eusapia.

3.° «Las cortinas de la cabina y el traje del sujeto».

Las cortinas son de lana negra y bastante ligeras; después de varias elevaciones de la mesa, aquéllas se abullonan á las palabras de Eusapia «vieni, vieni». La parte abullonada opone resistencia. Su vestido también se infla, hasta el punto que M. Curie se pregunta si no se podría canalizar, por decirlo así, la fuerza emanada de Eusapia en tubos de lana negra.

(Continuará.)



TRIBUNA LIBRE

LAS MESAS QUE CONTESTAN

VÍCTOR HUGO
HABLANDO CON LOS ESPÍRITUS

Después de haber dado á nuestros lectores una idea, breve tal vez, pero exacta, de lo que es la tiptología ó comunicación espirita por medio de las mesas, después de haber reproducido en nuestro último número el notable informe que acerca de esta cuestión publicó una institución tan respetable como la Sociedad Dialéctica de Londres, parécenos bien publicar hechos, presentar casos concretos que demuestren que el fenómeno, cualesquiera que sean sus causas y su mecanismo, es cierto.

El caso, ó más bien serie de casos, que hemos elegido para comenzar, ofrece doble interés por la intensidad con que se manifestó el fenómeno y por la personalidad del protagonista. Quien aquí consultó las mesas y obtuvo contestaciones por medio de ellas, fué un genio tan admirado en su patria como fuera de ella, un poeta y novelista á la vez, cuyas obras ensalza la Humanidad entera; el autor, en fin, de «Los Miserables» y de «Nuestra Señora de París».

El año 1853, Víctor Hugo se encontraba en la isla de Jersey, ese pintoresco fragmento de la Gran Bretaña que le inspiró sus «Trabajadores del mar», desterrado de Francia á causa de las ideas de libertad que francamente profesaba y que tanto han contribuído á la fama de sus novelas. Con Víctor Hugo estaban su esposa, su hijo Carlos y otros deportados, el general Le Fló, Téleki, Vacquerie. Como ocurre con todos aquellos á quienes las leyes impiden volver á su patria, aquel grupo de franceses recibía con júbilo todo lo que de Francia llegaba hasta el islote perdido en medio de las olas. De aquí que cuando una espiritista francesa, Mme. de Girardin, llegó á Jersey el 6 de Septiembre de 1853, la acogiesen los desterrados con tanta cordialidad como interés.

Reuníanse todos en la casa de Víctor Hugo, designada con el nombre de «Marine Terrace». Madame de Girardin empezó también á asistir á aquellas reuniones, y no tardó en hablarse del espiritismo, saliendo á colación la tiptología y las mesas que se mueven solas. Como era natural, todos tomaron la cosa á risa, y Víctor Hugo fué el primero en calificar de pueriles los experimentos espiritas, y en decir que si se hacía alguno él no quería presenciarlo. Es el argumento eterno de los que combaten una cosa por sistema: «No soy lo bastante necio para ocuparme de ello; no tengo tiempo para perderlo en niñerías».

Sin embargo, Mme. de Girardin insistió. Se podía probar, eso no costaba nada. Hiciéronse, en efecto, algunos ensayos, pero sin resultado. Al día siguiente, la mesa, que era cuadrada, se sustituyó por otra más pequeña, redonda, comprada en una tienda de juguetes; pero la fuerza misteriosa que debía moverla no dió tampoco muestras de su existencia. Los desterrados se reían. Mme. de Girardin, un poco contrariada, dijo: «Los espíritus no son caballos de alquiler sujetos al capricho de los clientes. Son libres y no se presentan hasta que llega su hora». Por fin, dos noches antes del día señalado por la espiritista para volverse á Francia, el mueble empezó á moverse. Las respuestas tiptológicas eran breves y los experimentadores poco diestros, pues Mme. Girardin intervenía lo menos posible para evitar toda sospecha de sugestión. Víctor Hugo y su familia estaban presentes, pero se abstenían también de hacer preguntas. Vacquerie, en cambio, empezaba á sentirse entusiasta.

—Adivina la palabra que pienso—preguntó á la mesa.

Y la mesa adivinó.

—Traduce ahora otra palabra que tengo en la cabeza—continuó Vacquerie.

La mesa respondió: «Quieres decir sufrimiento». El preguntante había pensado: «Amor».

Todo iba bien, pero hasta entonces podía ser resultado de la casualidad. Faltaba saber quién era el espíritu que contestaba, y en el momento en que la mesa se agitaba como una persona nerviosa que

quiere revelar algo importante, se hizo la pregunta:

—¿Quién eres?

—Leopoldina,—fué la contestación.

Víctor Hugo no pudo entonces contenerse. Leopoldina era una hija que poco antes había perdido. El poeta estaba emocionado; su esposa lloraba; Carlos Hugo preguntaba á su hermana:—¿Eres feliz? ¿Nos amas todavía? ¿Dónde estás ahora?

No es necesario decir que la velada transcurrió con más rapidez de lo que se hubiera deseado. Desde aquella noche se interrogó á la mesa casi incesantemente, y la mesa no dejó nunca de contestar, siendo intérprete de caracteres muy diferentes que vivieron en todos los países y en todos los siglos, y hasta de ideas abstractas, como el Drama, la Poesía, el Pensamiento, la Muerte. Las ideas solían contestar de día; por la noche contestaban los muertos. Filósofos, héroes, poetas, políticos, hasta animales históricos, como el león de Androcles (!) y la paloma de Noé (!!), respondían á las preguntas de Víctor Hugo. Esquilo, Shakespeare, Molière, Lutero, todos desfilaron por el misterio de aquellas sesiones espiritas. Hay que advertir que Víctor Hugo no se sentó jamás junto á la mesa; su familia y sus amigos eran los que formaban la cadena con las manos. Su hijo Carlos parecía ser el medium, pues su presencia era necesaria para obtener las contestaciones. Muy inteligente, pero un tanto perezoso, el joven hubiera preferido algunas noches irse á la cama, pero la mesa protestaba con sus movimientos; había que continuar, y Carlos, á veces medio muerto de sueño, permanecía en su puesto. No se puede, por consiguiente, sospechar que fuese él quien inspirara aquellos mensajes, tanto más, cuanto que la mesa contestaba en ciertos casos con versos tan admirables, que el muchacho, si fuesen realmente suyos, se hubiese apresurado á declararse su autor en vez de atribuirlos á otros.

Víctor Hugo escribió día por día el relato de aquellas sesiones, pero no llegó á publicarlo. A su muerte, y en virtud de la cláusula de su testamento que disponía la publicación libre de todos sus trabajos, se creyó que el curioso manuscrito, que ocupa muchos cuadernos, sería al fin dado á conocer; pero el albacea, M. Paul Meurice, ha preferido conservarlo inédito. No discutamos ahora las razones que para ello pueda haber tenido. Afortunadamente algunos de dichos cuadernos han sido hojeados por otro autor, M. Jules Bois, que en su libro «Le Miracle moderne» extracta el contenido de algunas páginas, comentándolo á su manera, y gracias á esto nos son conocidos algunos detalles curiosos de tan singulares conferencias.

Una noche asistía á la sesión un joven inglés, y tuvo el capricho de invocar á lord Byron. La mesa contestó en inglés, y Carlos Hugo, que no sabía una palabra de esta lengua, pidió que se llamase á otro personaje, porque le costaba trabajo seguir las letras. Se llamó entonces á Walter Scott, y la mesa, como si quisiera hacer rabiar al medium, respondió:

«Vex not the bard, his lyre is broken,
His last song sung, his last word spoken.»

—Sigo sin entender—exclamó Carlos Hugo.—¿Qué significa eso?

El inglés se apresuró á traducir: «No atormentéis al bardo, su lira está rota, cantado su último canto, dicha su última palabra.»

Quedaba, pues, probado que el medium no inspiraba las respuestas, desde el momento que estaban en idioma para él desconocido. Pero aún cabía que fuese resultado de una acción inconsciente del espíritu de Víctor Hugo, por más que éste, como hemos dicho, no se acercaba á la mesa, limitándose á tomar desde un diván nota exacta de cuanto oía. Un episodio ocurrido poco después echa por tierra esta nueva hipótesis.

Se consultaba otra noche á los espíritus de los grandes poetas, cuando la mesa respondió que no volverían á contestar si no se les interrogaba en verso. Y aquí surgió una grave dificultad. Víctor Hugo, el primer poeta de Francia, versificador incomparable cuando disponía de tiempo y calma para rimar y escoger giros poéticos, no sabía improvisar. Hubo que suspender la sesión hasta la noche siguiente, y el insigne literato pasó un día entero componiendo versos dedicados á los vates que fueron. Cuando comenzó á leerlos, al llegar la hora de los experimentos, el efecto fué maravilloso.

A medida que los espíritus de los poetas iban siendo invocados é interrogados, contestaba la mesa también con versos, tiernos unas veces, enérgicos otras, pero casi siempre sublimes; y cosa singular, adoptando siempre el mismo metro que Hugo empleaba en la pregunta. No siendo improvisador el gran desterrado, mal podían proceder de su cerebro estas contestaciones. Algunas de ellas, las más elevadas, no procedían tampoco de los poetas muertos; cuando se preguntaba quién era su autor, la mesa dictaba el nombre de un personaje imaginario y misterioso: la Sombra del Sepulcro.

Filósofo profundo á la vez que literato, Víctor Hugo quiso aprovechar aquella sesión para averiguar problemas tan difíciles como el de la inmortalidad del alma, el porvenir del mundo, etc. A Esquilo, por ejemplo, preguntóle cuándo sonaría para el hombre la hora de la libertad. He aquí traducida la primera estrofa de la contestación dictada por la mesa:

Jamás logrará el hombre salir del cautiverio;
El bien, el mal, lo bello tiénenle encadenado.
Sólo—así lo disponen las leyes del misterio—
Siendo preso en la tumba quedará emancipado (1).

....

(1) La contestación original es ésta:

Non l'homme ne sera jamais libre sur terre,
C'est le triste captif du bien, du mal, du beau.
Il ne peut devenir, c'est la loi du mystère,
Libre qu'en devenat prisonnier du tombeau.

Fatalité, lion dont l'âme est dévorée,
J'ai voulu te dompter d'un bras cyclopéen.
J'ai voulu sur mon dos porter la peau tigrée
Il me plaisait qu'on dit: Eschyle néméen.

Je n'ai pas réussi; la bête fauve humaine
Déchire encor nos chairs de son ongle éternel.
Le cœur de l'homme est plein encor de cris de haine.
Cette fosse aux lions n'a pas de Daniel.

Otra noche, como se reprochara á las «entidades» que se manifestaban el que usaran términos bíblicos y expresiones simbólicas, la Sombra del Sepulcro contestó:

«Imprudente, tú dices: La Sombra del Sepulcro habla el lenguaje humano, se sirve de imágenes bíblicas, de palabras, de figuras, de metáforas, de mentiras, para decirlo claro; la Sombra del Sepulcro no tiene alas; la Sombra del Sepulcro no dispone del libro abierto ante Dios; la Sombra del Sepulcro no es un ángel como los pinta la Iglesia, con blanca túnica y una palma; la Sombra del Sepulcro no es una máscara; tienes razón: yo soy una realidad. Si yo desciendo á hablar vuestra jerga en que lo sublime consiste en tan poca cosa, es por vuestra misma pequeñez. La palabra es una cadena para el espíritu; la imagen la prisión de la idea. Vuestro ideal es la coyunda del espíritu. Vuestro sublime es un «cul-de-basse-fosse». Vuestro cielo es el techo de una cueva. Vuestro lenguaje son ruidos catalogados en un diccionario. Mi lengua es la inmensidad, es el océano, es el huracán; mi biblioteca contiene millones de planetas, millones de estrellas, de constelaciones. El infinito es el gran libro: Dios es su eterno lector. Ahora bien, si tú quieres que yo te hable en mi lenguaje, asciende al Sinaí y me oirás en los truenos; sube al Calvario y me verás en los rayos; desciende á la tumba y me comprenderás en la clemencia.»

* * *

Cuando la curiosidad de Víctor Hugo pasaba de cierto límite, era la Sombra del Sepulcro la que le contestaba, pretendiendo imponerle silencio, vencerle, aplastarle. Pero el autor de «La Leyenda de los siglos» continuaba preguntando y anotando impasible las contestaciones en sus cuadernos. Llegó, por fin, el momento en que quiso conocer su propio futuro, y dirigiéndose á Moliére interrogóle así:

¡Oh, tú, que la manopla de Shakespeare recogiste,
Que cerca de su Otelo tu Alcestes esculpiste
Sombrío de pasión!
¡Oh, sol que resplandeces en doble espacio y vuelo,
Poeta desde el Louvre y arcángel en el cielo!
Tu espléndida visita honora mi mansión.
¿Me tenderás arriba tú hospitalaria mano?
Que caven en el césped mi fosa; sin pesar,
Sin miedo la contemplo; la tumba no es arcano;
Yo sé que en ella encuentra prisión el cuerpo vano,
Mas sé también que el alma sus alas ha de hallar.

Moliére no respondió; la Sombra del Sepulcro fué la que lo hizo en estos versos, llenos de irónica grandeza:

¡Espíritu que quieres saber nuestro secreto,
Que en sus tinieblas alzas la antorcha terrenal,
Que á tientas y furtivo pretendes, indiscreto,
Forzar la inmensa tumba, la puerta funeral!
¡Retorna á tu silencio y apaga tus candelas!
¡Retorna hacia la noche profunda donde velas
Dejando algunas veces su densa obscuridad!
Los ojos terrenales, aún vivos, aún abiertos,
No leen por encima del hombro de los muertos
La augusta eternidad (1).

Tan dura lección indignó á Víctor Hugo, que, cerrando el cuaderno, salió furioso de la sala. Al entrar en su cuarto, como si quisiera devolver al incógnito personaje su reprensión, escribió al margen de sus notas. «Á la Sombra del Sepulcro: Tú eres «enorme», pero Dios sólo es «inmenso».

Se preguntará la opinión de Hugo sobre estas contestaciones de la mesa. Él mismo la ha expresado así muchos años después:

«Me considero dichoso de poder decir, en cuanto á la existencia de eso que se llama los espíritus: Yo no dudo, no he tenido jamás esa fatuidad de raza que dispone que la escala de los seres haga alto al llegar al hombre; estoy persuadido de que tenemos sobre nosotros tantos escalones, por lo menos, como á nuestros pies, y creo tan firmemente en los espíritus como en la existencia del onagro. Admitida la de aquéllos su intervención ya no es más que un detalle. ¿Por qué no han de poder comunicarse con el hombre por un medio cualquiera, y por qué ese medio no ha de ser una mesa? La materia no puede ser movida por seres inmateriales; pero, ¿quién os dice que se trate de seres inmateriales? Pueden tener un cuerpo, siquiera sea más sutil que el nuestro é innaccesible

---

Après moi vint Shakspeare; il vit les trois sorcières
O Némée, arriver du fond de ta forêt,
Et jeter dans nos cœurs, ces bouillantes chaudières,
Les philtres monstrueux de l'immense secret.

Il vint dans ce gran bois, la limite du monde.
Après moi, le dompteur, il vint lui, le chasseur.
Et comme il regardait dans son âme profonde,
Macbeth cria: «Fuyons», et Hamlet dit: «J'ai peur».

Il se sauva. Molière, alors sur la lisière,
Parut et dit: «Voyez si mon âme faiblit.
Commandeur, viens souper!» Mais, au fêstin de Pierre
Molière trembla tant, que don Juan pâlit.

Mais que ce soit le spectre ou la sorcière ou l'ombre,
C'est toujours toi, lion, et ta griffe de fer.
Tu remplis tellement la grande forêt sombre,
Que Dante te rencontre en entrant dans l'enfer.

Tu n'es dompté qu'à l'heure où la Mort, belluaire,
T'arrache de la dent l'âme humaine en lambeau,
Te prend, dans ta forêt profonde et séculaire,
Et te montre du doig ta cage, le tombeau!

---

(1) La traducción castellana, así de esta respuesta como de la pregunta de Víctor Hugo, se debe á nuestro colaborador D. Salvador Sellés.—El original francés de la respuesta dice así:

L'OMBRE DU SÉPULCRE

Esprit qui veux savoir le secret des ténèbres
Et qui tenant en main le terrestre flambeau,
Viens, furtif, à tâtons, dans nos ombres funèbres,
Crocheter l'immense tombeau!

Rentre dans ton silence, et souffle tes chandelles!
Rentre dans cette nuit dont quelquefois tu sors:
L'œil vivant ne lit pas les choses éternelles
Par-dessus l'épaule des morts!

para la vista como la luz lo es para nuestro tacto. Es muy verosímil que entre el estado humano y el estado inmaterial haya transiciones. El muerto sucede al vivo como el hombre al animal. El animal es un hombre con menos alma; el hombre es un animal en equilibrio; el muerto es un hombre con menos materia, pero aún le queda algo. No tengo, pues, ninguna objeción razonable que oponer á la realidad del fenómeno de las mesas.»

Y que el coloso de la poesía francesa creyó siempre en este fenómeno, puede comprobarlo, cualquiera que vaya á París, entrando en la Biblioteca Nacional y pidiendo el manucristo original de «La Leyenda de los siglos». Allí, al margen de la composición titulada **Al león de Androcles,** podrá leer en tinta roja, de puño y letra del maestro, esta nota:

«Se encontrará en los volúmenes dictados á mi hijo Carlos por la mesa una respuesta del león de Androcles á esta composición. Menciono este hecho aquí en el margen. Simple recuerdo de un fenómeno extraño, al cual he asistido muchas veces.»

Y en otra ocasión, el mismo Hugo hizo constar:

«Jamás he mezclado á mis versos ni uno sólo de estos versos procedentes del misterio, ni á mis ideas una sola de estas ideas; siempre las he abandonado religiosamente á lo desconocido, que es su único autor.»





APUESTA DE 50.000 PESETAS

Como respuesta al desafío lanzado por el doctor Le Bon ofreciendo un premio en metálico al medium que en «plena luz» y en las condiciones de «control» señaladas mueva sin contacto material un objeto, M. Dav. Bernard, espiritista canadiense, tiene apostado 10.000 dolars contra igual cantidad, á que él, valiéndose de «su medium», Mme. Lydia Bernard, seguramente esposa de M. Dav. Bernard, obtiene ante una comisión de sabios los fenómenos siguientes:

1.° Una varita de avellano ó de nogal, puesta sobre una mesa, en plena luz y bajo toda clase de garantías, será atraída automáticamente hacia las manos del medium, en las que irá á colocarse.

2.° Uno de los asistentes designado por los examinadores tendrá entre las manos un vaso de cristal: la temperatura del agua se elevará ó bajará sensiblemente bajo la influencia de las manos del medium, que estarán en plena luz á 5 ó 6 cm. del vaso.

3.° Uno de los presentes solicitará la invocación de un poeta muerto, cualquiera que sea su nacionalidad, y el medium escribirá ó recitará uno de sus poemas, ó bien escribirá versos, respondiendo absolutamente al modo de hacer y á la lírica de este poeta.

4.° Se permitirá á varias personas ver trazar exactamente por el medium los rasgos de una persona muerta cuyo espíritu invoque, y de seguro los trazos así ejecutados serán suficientemente semejantes para ser reconocidos por el interesado.

El primero de esos fenómenos es, en verdad, tan objetivo y fácil de observar, que de realizarse no sería posible darle obscuras interpretaciones; pero nosotros no creemos que ese medio de premios y retos sea el más adecuado para las investigaciones de psíquica y dinámica supranormales.



CÓMO Ercole Chiaia convenció á Lombroso de la realidad de los fenómenos supranormales

(CONCLUSIÓN)

Poco después—conviene hacerlo notar—, y precisamente en Septiembre de 1888, Lombroso explicaba la razón de su repulsa y atenuaba su alcance. En los papeles que yo he examinado se encuentra una carta del mismo dirigida á M. Torelli-Viollier concebida en estos términos:

«Yo siento no poder acceder á su deseo, no por que no crea que pueda haber algo de verdad, sino porque, según dije ha poco tiempo en la «Farfulla della Domenica», la condición «sine qua non», es que se haga la experiencia á plena luz, á fin de que no quede duda alguna sobre las experiencias; y él desea, por el contrario, la penumbra.»

Y más tarde:

«Yo os diría al oído que habiendo tenido que sostener demasiadas luchas por la antropología criminal, la pelagra y la psiquiatría experimental, no quería embarcarme nuevamente con la peor raza que hay en el mundo después de..... si no estaba bien acorazado.»

Estas declaraciones no necesitan comentarios. Es cierto que el ilustre sabio en ese momento había empezado á dar un paso adelante, y más aún que la incredulidad, se veía asomar en él casi una preocupación de lo real de las manifestaciones.

Pero el reto, interrumpido en este punto, tuvo poco tiempo después una consecuencia inesperada.

El eco de la carta de Chiaia llega á todos los centros intelectuales de Italia y del extranjero; el doctor español Otero Acevedo y los italianos Brofferio y Tinzi acuden á Nápoles, asistiendo á una serie de experiencias propuestas por Chiaia y reconocen su realidad. La noticia de estos hechos animaron á Lombroso, y acabó por abandonar el propósito que hizo y que consta en su declaración de 1888, antes citada.

Y en Marzo de 1891, empleando las más rigurosas medidas de «control», tuvieron lugar varias sesiones en un cuarto del Hotel de Génova, en Nápoles, con la intervención de los profesores Tamburini, Vizioli, Ascenzi, Gigli y Ciolfi, y sin la intervención de Chiaia.

El mismo Lombroso indicó el día y la hora de las experiencias, y escogió la localidad y las personas que debían asistir.

Los resultados sobrepujaron toda esperanza, y Lombroso dirigió á M. Ciolfi, único espiritista entre los concurrentes y redactor del acta, la célebre carta tan discutida, que conviene presentar en toda su integridad. Esta carta señala el triunfo de Ercole Chiaia y constituye uno de los más gloriosos momentos en la marcha ascendente del espiritismo, sobre todo teniendo en cuenta el gran valor de las declaraciones hechas por uno de sus adversarios.

Turín, 21 de Junio de 1891.

La doble relación que usted me envía es completamente exacta, y aún añado que, cuando se encontró la harina volcada, la medium había anunciado ya que iba á espolvorear con harina las caras de sus vecinos; tal fué, evidentemente, su intención, abortada en el camino. Nueva prueba para mí de la perfecta honradez de la medium y de su estado de semi-inconsciencia.

Estoy avergonzado y pesaroso de haber combatido tenazmente la posibilidad de los hechos llamados espiritas; me refiero á los hechos, pues en cuanto á la teoría, aún soy refractario. Pero los hechos existen, y yo soy esclavo de los hechos.

Aksakoff, habiendo tenido noticia de estas francas declaraciones, escribió desde Repiofka el 24 de Agosto á Ercole Chiaia:

¡Gloria á Lombroso por sus nobles palabras! ¡Gloria á usted por su abnegación! Usted se ve, al fin, largamente recompensado. Que Dios os de fuerza y salud para continuar vuestra obra.

El gesto del sabio que se declara esclavo de los hechos y no retrocede ante su evidencia, parece aún más grande después de sus vacilaciones, de sus reservas y del mismo temor reinante en la mayoría de los profesores oficiales, reflejado en las cátedras y revistas.

Por ejemplo: hojeando la voluminosa correspondencia de Chiaia, M. Zingaropoli se encontró en presencia de documentos muy curiosos.

Cuatro ilustres sabios de las Universidades alemanas, en Marzo de 1894, dirigen á Chiaia una relación detallada de los fenómenos más importantes observados en su casa, gracias á la mediumnidad de Eusapia Paladino y atestiguando de una manera explícita que «todo fraude es imposible».

Luego añaden éstos á la relación la nota textual siguiente:

«Nosotros dejamos esta declaración, pero »solamente con el ruego y la condición de »que nuestras firmas no sean publicadas.»

F. Zingaropoli.

(De *Luce é Ombra.*)

De que Lombroso no sólo admite la realidad de los fenómenos, sino que cree en su esencia espirita, atestigua lo escrito por él, con motivo del libro del profesor Morselli, en «Luce e Ombra» aludiendo á la materialización que dice haber obtenido del espíritu de su madre, por intermedio de Eusapia Paladino:

«Cuanto al sentimiento de inmensa repulsión que dice él (Morselli) haber experimentado con motivo de la evocación hecha, contra su voluntad, por Eusapia, confieso que no solamente no participo de él, sino al contrario: cuando torné á ver á mi madre, sentí en el alma una de las más dulces emociones

de mi vida, un gozo que llegaba al paroxismo, y que en vez de resentimiento, me inspiraba gratitud hacia quien me hacía abrazarla después de tantos años. En presencia de tan gran acontecimiento, hubiera olvidado no una, mil veces, la humilde posición de Eusapia, que por mí había hecho, aunque fuese casi automáticamente, lo que ningún atleta de fuerza ni de pensamiento había podido hacer.

»Eso, pasado, son leves sombras; al paso que son múltiples los méritos de la obra que constituye un puente monumental intermediario entre la clásica ciencia psiquiátrica y la futura ciencia espirita.»



Información nacional

Á LOS FISIO-PSICÓLOGOS Y PSICÓLOGOS POSITIVISTAS ESPAÑOLES

¿Habrá llegado la hora de constituir aquí una Sociedad de investigaciones psíquicas análoga á las que desde hace mucho tiempo funcionan en el extranjero? La condición experimental de los modernos estudios psíquicos exige forzosamente la asociación de los cultivadores, y es lástima que el esfuerzo personal de nuestros hombres de ciencia quede casi totalmente estéril por su aislamiento.

Esas sociedades ofrecen, por la autoridad de sus miembros, una insustituíble garantía para las observaciones. Recientemente en Bruselas se ha formado una, y de sus propósitos da idea el lema adoptado:

HECHOS–PRUEBAS

De la circular redactada por su Comité de constitución son estos párrafos:

«No se trata, como algunos creerán, de dedicarse á prácticas nigrománticas, sino de investigar con método todas las manifestaciones que puedan demostrar la existencia de fuerzas desconocidas, que por su misma naturaleza hayan de modificar los viejos conceptos sobre el espíritu y la materia.

»Espiritualistas y materialistas, espiritistas y teósofos, creyentes y librepensadores, podrán reunirse fraternalmente para el estudio sincero y desinteresado de los fenómenos psíquicos.»

....

En ese terreno, con esa orientación, con igual amplísimo criterio, una Sociedad de investigaciones psíquicas española habría de cosechar excelentes frutos, y sacaría de la semiobscuridad en que indebidamente viven á muchos sabios compatriotas.

Lo Maravilloso ofrece para ello su modesto pero entusiasta concurso.

UN CASO RARO

D. FRANCISCO SIXTO RODRIGO

Cumpliendo lo que nos tenía ofrecido D. Francisco Sixto Rodrigo Villabriga, que es un caballero de porte distinguidísimo, ha verificado, ante varios redactores de esta publicación y de otros periódicos madrileños, con carácter meramente privado, algunas de sus sorprendentes experiencias, que revelan en él facultades verdaderamente extraordinarias.

El Sr. Sixto, sin preparación alguna, y como la cosa más corriente del mundo, se atraviesa las carnes ó deja que se las atraviesen con alfileres gruesos, y durante la operación continúa conversando con la mayor naturalidad, patentizándose por modo indiscutible que no siente dolor alguno.

Es el estado normal del Sr. Sixto un estado que tiene mucho del hipnótico, pues dispone de faculta-



D. FRANCISCO SIXTO RODRIGO

(Fot. L. Aguilar).

tades que son propias de éste; y la insensibilidad á que nos hemos referido es también frecuente en los hipnotizados. Ahora bien: como el Sr. Sixto no cambia «de estado», no hay en él «olvido»; la memoria es constante y constante la consciencia; se da perfecta cuenta, y la insensibilidad es permanente. Los hipnotizados que sufren un pinchazo sin acusar dolor, sienten éste al despertar, y como el Sr. Sixto no despierta, á él no le duelen las heridas nunca.

En ese estado segundo (ó intermedio), que es el normal de nuestro sujeto, la transmisión del pensamiento se efectúa, como ocurre en algunos hipnotizados, con sorprendente sencillez y seguridad.

Ante nosotros, en el Centro de reporters judiciales, que él no había jamás visitado, practicó complicadas combinaciones de actos que los más incrédulos se complacieron en «planear» con el mayor secreto para el operador. Después, habiéndonos trasladado con algunos de los presentes á una casa particular, repitió allí con igual seguridad las experiencias, ocurriendo un hecho notable. Se había propuesto que el adivinador, después de otras varias cosas, co-

giese de un aparador un plato y lo rompiera contra el suelo. Pues bien: el Sr. Sixto lo efectuó todo, hasta coger el plato, precisamente el señalado en el «plan», pero al ir á tirarlo contra el suelo, sufrió una sacudida nerviosa que paralizó su acción. Este efectó nos pareció interesantísimo, porque comprueba lo que ilustres psicólogos afirman hoy y que tiene gran importancia en derecho penal: el sugestionado no realiza jamás la sugestión que es abiertamente contraria á su voluntad consciente.

Una joven *hipnotizada por un autorizado* experimentador, es por éste preguntada si realizará cuanto él ordene; ella contesta que si.

Entonces él le pregunta:

—¿Y si te ordeno que te levantes el vestido?

—No lo haré.

—¿Cómo dejarás de obedecerme?

—Despertándome.

El señor Sixto es un caballero finísimo, atento siempre á la más exquisita corrección, naturalmente contrario á todo acto descortés, y la orden le contrariaba tanto, que esa contrariedad se impuso á la sugestión.

Lástima que el señor Sixto haya tomado la costumbre de estar en contacto con la persona que le sirve de «medium», aplicando el índice izquierdo de éste á su sien (véase nuestro grabado de la cubierta); esto, que al observador atento no puede hacerle sospechar de engaño, ni aun de la percepción material por el adivino de movimientos inconscientes del «medium», que dirijan á aquél, puesto que se le ve partir veloz y seguro hacia las más lejanas habitaciones de la casa en las que se ha pensado que efectúe algo, quita lucimiento á las experiencias. Y en definitiva, esa circunstancia, como la de vendarse los ojos, son tan sólo auxiliares para la concentración previa al estado monoideico. Prueba de ello es que el propio señor Sixto ha realizado experiencias prescindiendo de ambas cosas.

AMALIA DOMINGO

La NOEGGERATH española.

Amalia Domingo Soler, la sencilla y cariñosa ancianita á quien con razón podía llamarse la madre de los espiritistas españoles, ha muerto.

Era Amalia Domingo en nuestro país lo que madame Noeggerath en Francia: la decana de los estudios espiritas, y una de las mayores entusiastas de los mismos. Pero no está ahí su principal mérito. Dechado de caridad á la par que poseedora de una inteligencia y una cultura poco comunes, no sólo fué una activa propagandista del espiritismo, sino también una amiga de los afligidos y de los miserables.

Para consolarlos, para hacer el bien, no vaciló jamás en acudir junto al lecho del enfermo ni en descender hasta las lobregueces del presidio, poniéndose siempre al nivel de aquellos á quienes quería llevar una ráfaga de moral y de luz.

No sólo los que se dedican á los mismos estudios en que ella tanto profundizó, sino todo el que tenga en su corazón alguna fibra de filantropía, debe desear que Amalia Domingo haya dejado tras de sí muchos imitadores.

BANOBELAB

El público ha tenido ocasión estos días de presenciar en el Circo de Parish los experimentos de telepatía y sugestión de Banobelab. Siendo uno de nuestros objetos estudiar precisamente cuantos casos como este se presenten á nuestro alcance, nos ocuparemos en el número próximo, con la extensión que merece, de los trabajos del notable artista, dando cuenta á nuestros lectores de experimentos hechos en privado, en nuestra propia redacción, y que demostrarán que Banobelab no emplea «truc» ni combinación alguna; antes al contrario, constituye uno de los fenómenos más curiosos en su género.



EXPERIENCIAS HECHAS POR EL DOCTOR FERROUL

EN NARBONA

SOBRE LA LUCIDEZ (1)

(CONTINUACIÓN)

En Julio de 1894, época de las leyes de reacción, M. Ferroul, como jefe del partido socialista, estaba en lucha con el partido gobernante.

El secretario de la alcaldía se presentó un día á M. Ferroul para advertirle que un agente de seguridad, llegado de Carcasona, venía á prender al comisario central en la alcaldía, para conducirle á casa del subprefecto.

M. Ferroul, utilizando las aptitudes de Ana Brien, la hizo buscar, la durmió y *la envió* á la subprefectura.

—Estoy en ella, dijo.

—¿Donde estás?

—En la sala.

—No es precisamente en la sala donde es necesario estar; búscame al subprefecto.

—Ahí está en su despacho con tres hombres; entre ellos un señor de barba blanca á quien no conozco.

—¿Cómo se llama?

—¡Ah! no le llaman..... ¿Tú no sabes M. Ferroul, lo que aquél piensa?

(En este estado, Ana Brien se expresa como un niño.)

—¿Qué piensa?

—Está pensando: «¿Qué hago aquí? Van á comprometerme con sus líos de policía, me voy». ¡Ah!, el agente de Carcasona saca una carta y la remite al subprefecto, diciéndole que es un anónimo que le han enviado..... Espera; el subprefecto habla de ti.

(1) Véase el número 2 de esta Revista.

—¿Qué dice?

—«Á Ferroul le quitaré todas sus atribuciones, sin dejarle más que las que le correspondan como alcalde». ¡Ah!, el agente de Carcasona le remite una lista diciéndole que comprende las personas que hay que vigilar.

—¿Qué hay en esa lista?

La lúcida cita tres nombres, y después añade:

—¡Ah!, la guarda en el bolsillo, ya no la veo.....; entran dos agentes: son Chaubet y Tirefort; se les da una orden, se van.....; también se va el señor de la barba blanca.

—Síguele —le dice M. Ferroul—, y procura averiguar quién es.

—¡Ah!, entra en una casa, le dicen que el señor no está allí, pero no se le nombra..... Va á otra casa; la criada que abre la puerta le llama M. X.....

***

M. Ferroul, en su periódico *La République Sociale*, de 22 de Julio de 1894, habla de la reunión en casa del subprefecto, y cita las palabras que, refiriéndose á él, había pronunciado aquél, pero sin explicar cómo y por qué estaba enterado de ellas.

El subprefecto, asombrado, hizo llamar al comisario central. Prevenido M. Ferroul, utilizó nuevamente su lúcida, quien le facilitó varias referencias, y entre otras la siguiente:

—¡Ah!, el comisario cree que es por mí por quien lo sabes todo, pero no se atreve á decirlo.

(El caso de la muchacha desaparecida era, sin duda, la causa de la reflexión mental del comisario.)

Como el subprefecto y el comisario creyeran que Chaubet y Tirefort habían sido indiscretos, pidieron á M. Ferroul les dejara cesantes. Éste se negó á ello, y aquéllos acudieron en queja al prefecto, quien suspendió á uno y despidió al otro.

M. Ferroul protestó en el número siguiente de su periódico, y citó la lista y la carta referidas. La convicción del comisario era completa; los agentes no estaban presentes cuando el de Seguridad envió al subprefecto la lista y el anónimo, lo que hicieron notar al comisario cuando trató de estos documentos *La République Sociale*.

Ha sido, pues, usted, dijeron al comisario, quien ha ido á contar al alcalde lo que usted había dicho en casa del subprefecto.

***

Dos ó tres días después, el doctor David, médico de Narbona, iba acompañado del comisario á practicar una diligencia médico-legal. El comisario, haciendo recaer hábilmente la conversación sobre los fenómenos hipnóticos, preguntó al doctor si creía posible que un sujeto dormido podía servir para acreditar hechos y gestos de personas que se hallasen á distancia.

—Indudablemente—contestó el doctor—, pero para ello se necesita una labor previa y un sujeto especialmente apto.

—Pues bien, no hay manera de hacer entender eso al subprefecto. Dice que todo ello es pura broma.

—Para convencerle, reúnase con el subprefecto á una hora determinada; y si M. Ferroul les refiere textualmente lo que usted ha dicho, el subprefecto quedará intrigado.

—¡Diantre, no! Dirá que soy yo el indiscreto, y la crítica recaerá sobre mí.

—El día en que usted estaba solo con el subprefecto, ¿no se le ocurrió que M. Ferroul sabía por Ana todo lo ocurrido?

—Sí, por cierto; pero no me atreví á decirlo por temor á que el subprefecto se mofara de mí.

***

Otro caso de lucidez obtenido con Ana Brien

Dos grupos de personas, distantes 500 metros, pusiéronse de acuerdo para operar á la misma hora. En un local se hallaban M. Ferroul, el doctor David, médico de Narbona, y Ana Brien; en otro, varias personas, para ejecutar cualesquiera actos.

Un simple pese sobre los ojos de Ana Brien, basta para ponerla en estado de sonambulismo lúcido. Habla siempre en voz baja, en tono confidencial, y recalca lo que dice apoyando un dedo en la nariz.

Como en el sueño ordinario, conserva durante la experiencia el sentimiento, el concepto de la distancia. Habiéndola ordenado M. Ferroul trasladarse al otro grupo, se imagina aquélla que va acompañada con él, á pie, y dice: «No vaya tan de prisa, no puedo seguirle.» En seguida describe las personas reunidas en el grupo, entre las que había algunas desconocidas para ella y para MM. Ferroul y David, y dice sus nombres después de oirlos citar á otras personas.

He aquí parte de sus declaraciones: «Dicen que esto no es posible.—En fin, dice M. B....., ensayemos. —¿Qué vamos á hacer?, dice M. H.....—Entretenernos en juegos inocentes, dice Mme. H.....—¡Ah!, colocan en medio de ellos á la pequeña K....., le vendan los ojos. (Aquí la descripción del juego). —Es igual, dice M. B.... , parecemos un.... aquí reunidos.— ¡Oh!, ¡oh!, dice M. H....., hay aquí señoras», etc. etc.

M. Ferroul anotó cuanto refería Ana, y así que hubo terminado la experiencia, metió bajo sobre la reseña dictada y la hizo llevar seguidamente á las personas reunidas, resultando exacta en todas sus partes.



ADVERTENCIA

Á ruego de muchos suscriptores, que nos manifiestan su propósito de encuadernar nuestra Revista íntegra, es decir, incluyendo las cubiertas, para poder conservar los artículos que en ellas se publican, desde el presente número damos dichas cubiertas en el mismo papel que el cuerpo del periódico, con objeto de que no rompan la uniformidad del tomo encuadernado, como ocurriría con las de papel gris.

Tipografía LA EDITORA, San Bernardo, 19.—Madrid.

milagro, aquí en Orrouy..... Ya nadie se ocupa de tales niñerías, y si quiere usted seguir mi consejo, imite á mis feligreses. ¿A qué viene atraer ahora la atención pública sobre nuestra aldea por una historia ridícula de la que todos se ríen? Yo me guardo muy bien de ir por casa de Osselin, no vayan á creer que doy fe al relato de la chiquilla.

El conde Doria, alcalde de Orrouy, no se muestra menos escéptico.

—Soy patriota y católico—ha dicho al reporter—, y me sería muy dulce esperar que la heroína beatificada ya por la Iglesia, se apareciese realmente á una niña del pueblo; pero pienso permanecer extraño á este asunto, y creo que usted mismo haría bien en no ocuparse más de él; pierde usted el tiempo.

Nadie en Orrouy cree en la realidad de las apariciones; nadie cree en la sinceridad de Susana Bertin. De todas las conversaciones se desprende la idea popular de que alguien ha sugerido á la niña el hacer creer en la aparición de Juana de Arco. Pero si ese alguien no es ningún vecino, puesto que ninguno de ellos se muestra crédulo; si no es tampoco la familia de Susana, que goza fama de poco religiosa; si no es el alcalde, católico, pero incrédulo; si no es, en fin, el cura, más escéptico aún que el alcalde y los vecinos, ¿quién puede ser?

Y entretanto, Susana Bertin, que no es mística, que no padece alucinaciones, que desconoce la historia hasta el punto de ignorar que haya existido un Napoleón, sigue afirmando que Juana de Arco, cubierta con su armadura y blandiendo el acero, se la ha aparecido y la ha hablado. Y todos los días, excepto los viernes, en que sus abuelos la han prohibido acercarse al árbol, va á decorar con florecillas silvestres el tronco del añoso olmo de sus visiones.

BIBLIOGRAFIA

En esta sección daremos cuenta de toda obra de que se nos remita un ejemplar, ocupándonos además de ella en las páginas del texto si tiene relación con lo que es objeto de la Revista.

NARRACIONES ZOOLÓGICAS *(La Historia Natural de los Animales al alcance de los niños)*, por D. Angel Cabrera Latorre. Un tomo en 8.º, de 365 páginas, ilustrado con numerosos grabados, reproducción de dibujos á pluma del mismo autor. Hijos de Paluzíe, editores, calle de la Diputación, 337, Barcelona.

CORRESPONDENCIA

DE REDACCIÓN

D. H. de D. R. A.—Sus indicaciones acerca de la conveniencia de establecer intercomunicación entre los suscriptores para recoger observaciones de hechos nos parecen tan oportunas, que constituyen desde el principio uno de nuestros propósitos. En este número verá usted algo conducente á lo mismo.

ADMINISTRATIVA

D. J. J.—Recibimos su libranza y queda hecha la suscripción; gracias por su buen deseo.

D. S. S.—Cuando recibimos su carta habíamos hecho el envío.

D. M. B.—Se hizo la suscripción por nueve meses, y puede remitir su importe, si no tiene otro medio, en sellos de 0,15.

D. F. M.—Le remitimos los dos números primeros cuando hicieron y abonaron la suscripción; díganos si no los ha recibido y se repetirá el envío.

D. J. T.—Recibimos su carta y el importe de la suscripción por un año.

Los señores suscriptores que lo quieran ser por años naturales, deberán suscribirse ahora por los nueve meses restantes del actual. Para ello admitiremos las suscripciones al precio de 4,50 pesetas, que es la proporción justa, sin aumento alguno.

Para hacer la suscripción llénese el adjunto boletín y envíesenos, con el importe en libranzas de la Prensa, que pueden adquirirse en cualquier estanco, letras, cheques ú órdenes de fácil cobro.

Los suscriptores de América pueden remitir el importe de la suscripción en francos ó dolars.

Lo Maravilloso — **MADRID** ••• **Ancha de San Bernardo, 19**

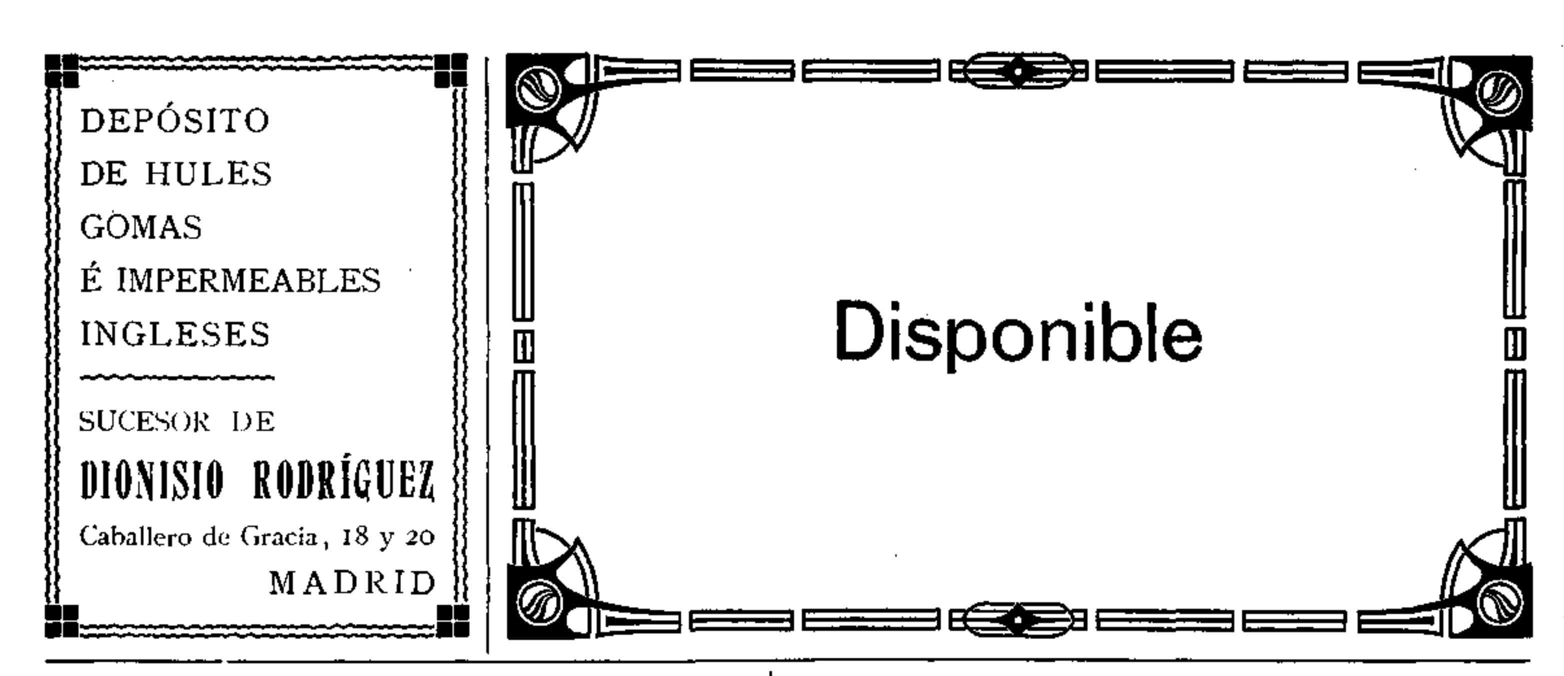
España: Un año, 6 pesetas; un semestre, 3,50 íd.—*Extranjero:* 7 y 4 francos respectivamente.

LA EDITORA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

DON ...., *que vive en*
...., *provincia de* ....
...., *núm.* ...., *se suscribe por* ....
(Calle ó plaza.)
á partir de 1.º .... *cuyo importe de* .... *pesetas remite en* ....
.... *de* .... *de 190*......

(Firma del suscriptor.)



Margarita la Tornera

Hermoso album y argumento de la ópera

CON 41 GRABADOS

Una peseta.

En todas las principales librerías y San Bernardo, 19, Madrid

El Foro Español

REVISTA JURÍDICO-ADMINISTRATIVA

Á LA QUE POR VOLUNTAD EXPRESA DE LA MAYORÍA DE LOS JUECES Y ACTUARIOS DE ESPAÑA, ESTÁ CONFIADA SU REPRESENTACIÓN Y DEFENSA

Se publica los días 10, 20 y 30.-Redacción y Administración: Isabel la Católica, 4 dupdo.

SUSCRIPCIONES—Madrid, trimestre, 2 pesetas. Provincias, 5. Ultramar y Extranjero, 30.

Número suelto, 0,25 pta. Atrasado, 0,50

Los Previsores del Porvenir

AHORRO FÁCIL Y PROVECHOSO

Ninguna otra combinación ofrece las ventajas y seguridades del ahorro mutuo de

LOS PREVISORES DEL PORVENIR

ECHEGARAY, 20 — MADRID — APARTADO 366

